



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Soto Badillo, Oscar D.

La Otra Campaña: denuncia, resistencia y proyecto desde un nuevo nosotros

Bajo el Volcán, vol. 6, núm. 10, 2006, pp. 161-174

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28661017>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

*LA OTRA CAMPAÑA: DENUNCIA, RESISTENCIA Y
PROYECTO DESDE UN NUEVO NOSOTROS*

Oscar D. Soto Badillo

Al pasar de los años, el zapatismo, como movimiento social de resistencia y como propuesta de elaboración política, se ha ido decantando en un proceso mediado por aciertos y errores, por logros y fracasos, del que la vinculación con el vasto y heterogéneo conjunto de luchas sociales que son signo de nuestro tiempo –vinculación intencionadamente inorgánica– es tal vez el principal eje explicativo.

Al cabo del tiempo va quedando claro que la apuesta zapatista por *un Mundo donde quepan muchos mundos*, sólo es posible si es expresión de las búsquedas concretas de los de abajo, de los múltiples *Quienes* que constituyen el complejo entramado social, más allá del propio EZLN, de sus bases de apoyo y del abigarrado tejido indígena chiapaneco. Esta parece ser la consigna que anima el llamado de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona y su prolongación en *La Otra Campaña*.

Como otras tantas iniciativas del zapatismo, la actual propuesta ha suscitado las más diversas lecturas, desde aquellas que la saludan como el esfuerzo más acabado de encuentro y articulación de un movimiento social, distinto al que hoy se configura a través de las formas organizacionales corporativas y gremiales o las ligadas al proceso electoral; pasando por aquellos que lo ven como expresión de la disputa por el protagonismo en el campo de la izquierda, mediado por la intención de romper las posibilidades de acceso al poder de los sectores representados en la candidatura de Andrés Manuel López Obrador (AMLO), hasta quienes lo interpretan como una acción, meramente mediática, que pre-

tendería sacar de la oscuridad y el silencio a un EZLN que pareciera haber agotado su creatividad política. El presente texto quiere ser un aporte a la reflexión y al debate.

I

Es casi un lugar común caracterizar el contexto mundial como una crisis civilizatoria más que como un proceso de transición. El concepto de crisis se entiende aquí en su doble acepción, como una perturbación profunda de los sistemas sociales, como fenómeno colectivo –que sin embargo impacta en gran medida a los sujetos individuales– de desintegración, fragmentación, y división social y cultural, como punto de quiebre, pero también como posibilidad, como oportunidad de constitución de una nueva constelación espacio-temporal.¹ La noción de transición, mientras tanto, insiste en poner el acento en la posibilidad de avanzar por un camino dado, de que estamos en proceso de..., en un *hacia* más o menos definido. Yo creo que esto no es así y que más bien nos encontramos en una encrucijada que no parece tener más rumbos que los que los propios sujetos, en proceso de re-configuración como tales puedan ir decidiendo al andar de sus pasos. El contexto actual parecería definirse por su complejidad y dinamismo, por su falta de dirección, de relatos-horizonte.²

La economía- mundo polarizadora, la cada vez más evidente imposibilidad de continuar con la transferencia de los costos de producción, transacciones y seguridad de unas poblaciones a otras poblaciones y a los ecosistemas (Wallerstein, 1997), nos enfrenta a una crisis sistémica de gran envergadura. El “fin del trabajo” (Rifkin, 1994) o su reconfiguración (Castells, 2001) con sus consecuencias de desempleo, de migraciones del sur hacia el norte y de nuevas xenofobias, puede generar un caos social y formas inéditas de segregación y exclusión mundial. La disfuncionalidad y crisis de legitimidad de los estados nacionales y el resurgimiento de identidades intermedias [...] son expresiones de una crisis de regulación política a niveles internacionales y de la necesidad de construir la identidad humana en particularidades culturales no excluyentes. La creatividad política y cultural es interpelada

ante el reto de actuar en dos registros difícilmente compatibles: soluciones de supervivencia y de convivencia inmediata y transformaciones a largo plazo.³

Lo anterior implica un esfuerzo por comprender el carácter paradójico de la realidad social, atravesada por múltiples contradicciones:

La emergencia de nuevas y viejas identidades, asociada al vertiginoso desarrollo y al alcance planetario de los medios y tecnologías de información y comunicación y a los cambios en la geografía humana, en las formas de existencia, deberían llevarnos al reconocimiento de los diversos *quienes*, con sus particulares códigos de identificación y pertenencia, que cada vez tiene más dificultades para autocomprenderse, autoafirmarse, y autodeterminarse. Los nuevos *quienes* son sujetos híbridos, atravesados por múltiples contradicciones, que en buena medida proceden del estallamiento de las identidades en múltiples dimensiones: las que proceden de la identificación territorial (nacionalidades, etnicidad, comunitarismos, identidades barriales); las que devienen de su adscripción transterritorial (migrantes, refugiados); las que proceden de su adscripción a redes glolocales (feminismos, ecologismos, identificaciones ligadas al ejercicio de la sexualidad, altermundismo, grupos neonazis); las propiamente transnacionales (elites de corporaciones, redes del crimen organizado, iglesias cristianas, Islam, ONG), las identidades virtuales.⁴

Las posibilidades de diálogo intercultural que reclama la acción social transformadora de la sociedad de nuestros días, requiere afirmar –en contraste con el paradigma de pensamiento del pasado reciente– que no hay un solo sujeto de la acción histórica sino varios, algunos arbitrariamente incluidos en el concepto legitimador de sociedad civil, o en el ambiguo concepto de movimiento social, con nuevas y complejas formas de representación del mundo que convendría caracterizar, alejándonos de los referentes tradicionales, y que en su conjunto pueden dar lugar a una nueva noción de sujeto histórico. Sin embargo, lo que parece dominante es la imposición de ciertas marcas aceptables de identidad: una complacencia con ciertas expresiones de la diferencia y la descalificación sutil o

brutal de la diferencia incómoda. Destacaría aquí la referencia a la expresión de esos *quienes*, no tanto al contenido particular de sus expresiones identitarias, insistir en la importancia del quien antes del qué.

En otro orden, es innegable el papel que hoy juegan como instrumentos de interacción los medios de comunicación que no pueden verse sólo desde la perspectiva de aparatos de alienación, sino que nos obligan a repensar sus posibilidades y riesgos, pero partiendo de reconocer su importancia. Hay ya sobrados ejemplos de cómo los medios son al mismo tiempo puentes y abismos, cristales y espejos, armas de lucha e instrumentos de dominación. En segundo lugar, puede reconocerse el hecho de que nunca como ahora, el capital había desarrollado formas de alienación tan contundentes, tan sofisticadas, tan orientadas a ganar el corazón y las mentes de las personas (para usar una frase muy conocida). Mientras que amplios sectores sociales, particularmente aquellos en situación de pobreza y exclusión, muestran una ejemplar creatividad para sobrevivir asumiendo y enfrentando las formas de alienación cada vez más poderosas de los aparatos culturales del capitalismo neoliberal, evidenciados en la organización del trabajo y en el concepto de la marca.

Finalmente, el Estado como ámbito de regulación y orientación, en su proceso de re-estructuración, ha perdido la capacidad de articular, si alguna vez la tuvo, las distintas esferas de lo social.⁵

Si, como ha dicho alguna vez Nicos Poulantzas, “lo específico del estado capitalista es que absorbe el tiempo y espacio sociales, establece sus matrices y monopoliza su organización, convirtiéndolos, por su acción, en redes de dominio y poder y por ello la nación moderna es producto del estado”,⁶ hoy parece que esto ya no es así, o por lo menos ya no de la misma manera que en el pasado y más bien, como propone Manuel Castells, el control estatal sobre el espacio y el tiempo se ve superado cada vez más por los flujos globales de capital, bienes, servicios, tecnología, comunicación y poder. La captura, por parte del Estado, del tiempo histórico es desafiada (aunque ciertamente no destruida) por las identidades plurales definidas por otros sujetos autónomos. Esto se explica en parte, porque la capacidad instrumental del Estado-nación resulta decisivamente debilitada por la globalización de las principales

actividades económicas y financieras, por la globalización de los medios y la comunicación electrónica y por la globalización de la delincuencia. Frente a este orden de cosas, el intento del Estado de reafirmar su poder en el ámbito global desarrollando instituciones supranacionales socava aún más su soberanía y su esfuerzo por restaurar la legitimidad, descentralizando el poder administrativo regional y local, refuerza su debilidad: “al pretender acercar a los ciudadanos al gobierno, cuando es el caso, parece aumentar su desconfianza hacia el estado-nación”.⁷

Así pues, mientras el capitalismo global prospera y las ideologías nacionalistas explotan por todo el mundo, el Estado-nación de la Modernidad parece estar perdiendo su poder, aunque no su influencia. Como insiste el mismo autor, si el Estado es un contenedor de poder con límites, ¿qué pasa y cómo debe conceptuarse tal Estado cuando las fronteras se vienen abajo y cuando los contenedores pasan a ser contenidos?

En América Latina, el ajuste estructural ordenado y conducido por los bloques hegemónicos y sus agencias como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, ha generado por un lado la exacerbación de las condiciones de pobreza y exclusión en cada vez más vastos sectores sociales, ha impulsado la fragmentación del tejido social, la ruptura de los lazos sociales y derivado en una dinámica de violencia social y también de anomia, pero al mismo tiempo ha generado la emergencia de múltiples formas de resistencia popular. La destrucción impulsada por el capital ha provocado no sólo un socavamiento de los actores políticos formales, los ha vaciado de su identidad ideológica y les ha minado su eventual hegemonía. Por otra parte, la profunda fragmentación de la sociedad, su vaciamiento, hacen que no baste el control del poder nacional, que no basten las figuras corporativas de control político y social, que no basten las formas tradicionales de representación, para amalgamar el cemento social. Esto ha hecho que la disputa del poder nacional, estatal o municipal sea un campo de acción de diversos actores sociales, políticos y económicos, pero también que las formas de acceso al poder estatal, y la propia noción de acceso al poder, se conviertan en meras camisas de fuerza para los proyectos de transformación. De estos procesos surge una geometría compleja en la relación entre los diferentes actores (Esta-

do, clases sociales, grupos sociales y las identidades presentes en la sociedad civil), cuestión que es necesario reconocer, identificar, caracterizar.⁸ Quiénes, dónde, cómo, son preguntas necesarias, superando una visión totalizadora que pretende aprehender la realidad desde las claves categoriales sustentadas en la clase, la etnia, el género, separadas y descontextualizadas, sin establecer las mediaciones que pueden producir nuevos referentes, cuyo signo es la complejidad, lo que nos debe llevar a un esfuerzo de resignificación del sujeto y de expresión concreta en la lucha de clases. Desde la dinámica de la política formal, la figura del partido político, como mediador de la participación ciudadana no sólo se ha desdibujado, sino claramente se ha erosionado al grado de perder en una parte muy significativa de la sociedad cualquier valor como referencia para la superación de las actuales condiciones de deterioro. Los partidos parecen responder a la crisis vaciándose de sus contenidos ideológicos y programáticos y accediendo a un pragmatismo clientelista y a un ordenamiento interno que Sergio Zermeño ha definido como un *multitribalismo familista*.⁹ Así, los partidos aparecen como verdaderos continentes de posicionamientos personales y de grupo sin contenido político e ideológico reconocible. Y esto es producto no sólo de la corrupción e incompetencia que caracterizan a los partidos de hoy, sino que estructuralmente, la clase política institucional ha sido incapaz de definir un proyecto nacional y mucho menos un proyecto global de transformaciones, por la propia configuración de la gobernancia global del capital.

En el caso de México, las contradicciones entre las elites políticas se han venido dirimiendo más en el terreno de la violencia que de la confrontación regulada por las normas de la democracia instrumental; la violencia suscitada por el crimen organizado, cada vez más vinculado al poder político formal e informal es un dato fundamental en nuestras sociedades y no parece haber desde el Estado respuesta a esto; el régimen foxista, y las respuestas al desorden impulsadas por los actores formales expresan el agotamiento profundo de la vía de la democracia representativa e instrumental para resolver el actual desorden.

Sin embargo, puede reconocerse el intento, incipiente, confuso y contradictorio, desde la izquierda institucional expresada –no tanto en la

estructura institucional del PRD, anclada siempre en la misma lógica perversa de la dinámica del poder, sino de un sector encabezado por López Obrador-, de impulsar una vuelta a la configuración de redes ciudadanas que puedan tomar en sus manos el proceso electoral y reconstruir una base social, no para el partido y ojalá no sólo para la toma del gobierno formal sino para la ampliación de los espacios de lucha social. Se trata de una red difusa y amorfa, que sin duda es heredera de las manifestaciones sociales generadas tras el terremoto del 85, del proceso cardenista del 88, de las luchas de las organizaciones independientes obreras y campesinas, de las luchas regionales, y que no es insensible al ejemplo del movimiento social brasileño, del boliviano, del ecuatoriano o al ejemplo zapatista, y que tuvo un momento de expresión referencial en la marcha por la dignidad indígena del año 2001 y en las jornadas de defensa de la gobernabilidad democrática ante el amago de vulneración de los derechos políticos de los ciudadanos del Distrito Federal en la forma del desafuero de su jefe de gobierno. No obstante, tras las movilizaciones capitalinas, pareciera que el partido y su candidato pretendieran constreñir las energías populares en un planteamiento popular-nacionalista que, por su naturaleza, aspira a favorecer reformas que se antojan limitadas y que no necesariamente responden a las aspiraciones más hondas de la sociedad que se expresó en tal movimiento. De tener éxito el triunfo lópezobradorista, podrá permitir la conformación de un gobierno que promoverá ciertas reformas, aunque, por la relación de fuerzas existente y sobre todo por la inserción del país en la globalización y su subordinación estructural a Estados Unidos, no promete cambios estructurales profundos, aquellos a que aspiran vastos sectores de la sociedad mexicana.

En este análisis no vale la pena detenerse en el mesianismo que recurrentemente se advierte en el discurso de López Obrador y sus más cercanos colaboradores. De nueva cuenta aparece la figura iluminada que pretende salvar a la patria de sus dificultades: el llamado a depositar en otro la tarea de cambiar el mundo, lo que equivale a proponer la enajenación del proyecto social de los que necesariamente deberían ser sus actores centrales. Sin embargo, formas de organización cada vez más creativas que se proponen unir distintas dimensiones de la lucha social,

la mayoría de ellas, sin vinculación orgánica, se acercan cada vez más a los principios rectores del zapatismo, y parte de algunas convicciones, la más fuerte quizá es que *frente al pensamiento económico y político dominante de nuestra época tenemos que ser capaces de evidenciar que otro acuerdo social debe y puede ser construido en torno a la elevación de la calidad de vida de las personas, quedando atrás el imposible logro de la competitividad en mercados mundialmente abiertos; que es preciso que la sociedad retome el poder que hoy se concentra en el capital y en la política formal; tomar el control sobre los recursos, los espacios y los territorios, en regiones, municipios y colonias; en la imposibilidad de aspirar a redimir a la sociedad por la vía corta de controlar el gobierno primero, pues eso tiene sentido sólo cuando la sociedad se ha empoderado y densificado* y eso es asunto de medianos y largos plazos. Vale decir, reivindicar la dignidad, la libertad, la autonomía de los sujetos individuales y colectivos, cambiar al mundo construyendo poderes, entrelazando poderes, sin tomar el poder.¹⁰ Tales supuestos son –creo yo– los que han dado lugar a una constelación muy rica de expresiones de lucha. Un asunto fundamental es que los temas de expresión, las consignas de movilización trascienden con mucho las viejas reivindicaciones agrarias, laborales o de representación y hacen aparecer nuevos campos de confrontación que se oponen al Estado, pero también a los valores dominantes de la sociedad: el tema del derecho al ejercicio de la diversidad y al respeto a la dignidad y autodeterminación individual y colectiva serían ejes de estos procesos, así como la emergencia como asunto público de aspectos que correspondían en el pasado al ámbito de lo privado y que evidencian profundos cambios en la expresión de la acción social. Aquí me estoy refiriendo a los diversos colectivos y redes de defensa de la cultura y el arte, de los bienes simbólicos, de las opciones de ejercicio de la sexualidad y de los derechos reproductivos, por supuesto de las demandas de género, de la educación pública, de la salud, de derechos generacionales, de discapacitados, de migrantes, de la defensa de la vida (y me refiero a las muertas de Juárez y no a la campaña contra el aborto o el condón), por el comercio justo, contra el intercambio brutalmente desigual que promueven el Tratado de Libre Comercio y el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), por el medio ambiente y el

consumo responsable, por la preservación de los derechos políticos esenciales (el caso del desafuero de AMLO), por el respeto a la voluntad en las urnas, por el respeto al derecho a elegir autoridades por el sistema de usos y costumbres indígenas, y un largo etcétera. Lo novedoso de estas manifestaciones es su versatilidad, su frescura, su espontaneidad, su creatividad, su inorganicidad. Está claro que el tiempo de estos procesos no es el tiempo corto del calendario electoral, se trata de un proceso de decantamiento, de densificación que no puede entenderse más que en el largo plazo, aunque se propone pasos concretos aquí y ahora. Pero estos actores y demandas están lejos del discurso y la propuesta del conjunto de los partidos políticos; de ello no escapa la izquierda institucional.

De consumarse el triunfo de la izquierda institucional, y de continuar el proceso de la izquierda social, podrían abrirse distintos escenarios, algunos prometedores como su eventual convergencia; otros ominosos como la tentación de la cooptación. La izquierda armada, representada en siglas como el EPR, las FARP, el ERPI y otras que aparecen y desaparecen del mapa político, no parece tener hoy un papel central, aunque una derrota de las vías abiertas por la izquierda civilista, podría dar lugar a que la violencia popular se desbordara.

II

Más allá de la valoración particular de defensores o detractores, parece cierta la consideración de que el “asunto zapatista” es un tema central de la agenda nacional y uno de los ejes del proceso de transformación que el país requiere para su viabilidad.

Las razones de esta consideración son diversas y tienen que ver, por un lado, con la propia realidad nacional y con su historia, y por otro, con las transformaciones mediadas por el fenómeno de globalización y la emergencia renovada de nuevos y viejos actores y conflictos. Frente a esto no debe perderse de vista que lo que detona el zapatismo, como motor de un emergente movimiento de resistencia social, es su propuesta de construir un pensamiento, que al paso de los años se ha ido configurando poco a poco y cuyas claves están, creo yo, en:

1. Un *principio ético* de fondo: el reconocimiento de los sujetos como sujetos concretos que se manifiestan en diversas escalas espaciales y temporales, y cuyo principio discursivo es el concepto de DIGNIDAD, probablemente uno de los aportes más ricos del proceso abierto por los zapatistas y que significa una subversión conceptual del sujeto y sus luchas y del concepto mismo de revolución (Holloway, 1997) y también la puesta al día de las herramientas (teóricas, metodológicas e instrumentales) para la configuración no sólo de una intersubjetividad que tiene pretensiones universales sino, como ha insistido Sergio Tishler (2005), de un proyecto de actualización del concepto y la práctica de la lucha de clases.

2. Una renovada *identificación de los alcances y tiempos* de la lucha: nacional pero, también, local y regional, continental y planetaria. En la elaboración cada vez más sistemática de esos espacio-tiempos sociales que se expresan en el contexto de mundialización. En la medición diferente del tiempo que no admite la intromisión de las manecillas del reloj.

3. Un *método* que tiene como eje justamente el reconocimiento de esos sujetos y esas escalas a partir del encuentro y el diálogo de la palabra que incluye, al tiempo que reconoce la diferencia, la diversidad. Y esto es fundamental, no el método del decir y convencer, en todo caso, el de proponer. "*Preguntando caminamos*" es el método de escuchar y el decir para elaborar el consenso, para construir un *Nosotros* que deviene en sujeto revolucionario. Un método que recupera al mismo tiempo el papel de las asambleas comunitarias que disciernen y toman decisiones colectivas, al tiempo que usa creativamente los recursos de la clandestinidad y la acción pública. Un método que se basa en la confianza en el otro, que dialoga por correspondencia lo mismo con niños y amas de casa, que con intelectuales de todos los signos, que recibe y visita, que se deja interpe-lar, que se expone y así se desacraliza. Un método que desplaza el *qué* por el *quién* y el *cómo*, pues sólo de esto se puede derivar un *qué* legítimo y posible.

4. Una *apuesta discursiva* que lo mismo incorpora la estética de las armas, el pasamontañas y la poesía, que el ejemplo de la acción concreta plagada, como de por sí es, de errores y contradicciones, frecuentemente reconocidos y asumidos. Un discurso que apuesta por un lenguaje nuevo,

abierto, fresco, que no se rinde al planteamiento serio, a la clasificación teórica: *vimos que las palabras viejas se habían gastado tanto que se habían vuelto dañinas para el que las empleaba*. Pero que al mismo tiempo reconoce el poder del mito y de la historia.

Un discurso que reivindica la indefinición y la incertidumbre (es un no a la inevitabilidad de la historia), es decir, en palabras de John Holloway,

[...] una revolución que toma como su punto de partida la dignidad de los insurrectos, es inevitablemente una revolución indefinida [...] La revolución es un movimiento a partir de, no un movimiento hacia (un salir y no un llegar). Si la revolución se construye a partir de la dignidad de la gente en lucha, si un principio central es la idea “preguntando caminamos” entonces se sigue que la revolución tiene que ser autocreativa, una revolución creada en el transcurso de la lucha, lo que hace imposible predefinir su camino.

Se abandona así la noción instrumentalista del concepto de revolución (un medio para un fin). Por tanto no sorprende que la bandera del zapatismo haya servido de llave y puente para la construcción de vínculos de solidaridad intercultural que han favorecido el encuentro fraterno entre movimientos sociales en torno al concepto de DIGNIDAD, en particular de aquellos vinculados a proyectos comunitarios y a la constitución de nuevas formas de gestión del poder, orientadas por el concepto de la autonomía.

III

Hoy, el zapatismo camina por una senda que parecía imposible, la de hacer cierta su apuesta por la autonomía y la autogestión de los pueblos indios, más allá del permiso negado por la ley y por el poder oficial y que se expresa en la constitución de Juntas de Buen Gobierno y Caracoles y que representan un ejercicio de dignidad y una lección de que es posible un desarrollo distinto al impuesto por las multinacionales y los organismos internacionales promotores del neoliberalismo. Este esfuerzo de autodeterminación es el que creo que está detrás del llamado a *La Otra Campaña*. El nombre de *La Otra Campaña* no me gusta mucho, aunque parece una opción por el mé-

todo de la comparación, lo que tiene sus bondades, en términos de establecer diferencias, de distinguir analíticamente, pero tiene, como muchos lo han planteado, el riesgo de atarse a una dinámica, de reducirse a un espacio de confrontación que no tiene en principio nada que ver con la propuesta principal.

Si como dice John Holloway el sistema electoral es una coartada para evadir la responsabilidad de cada uno por cambiar la sociedad, es leer en un texto ya escrito; si votar es delegar, la otra campaña es un pretexto, pero no como disculpa, sino como un texto por hacer, una página en blanco que reclama escritores.

En ese sentido es un llamado a aguzar el oído, de modo de no ensordecer con el ruido de los discursos y el estruendo de la vociferación de los partidos, enfrascados en la descalificación, la traición y el escándalo y más bien a escuchar y escucharnos, el diálogo como principio y como método.

Es en la enunciación clara de principios, en la elaboración conceptual y en el método propuestos por el zapatismo, donde yo reconozco el aporte principal que promete la Otra Campaña: la apuesta en el empoderamiento de los sujetos sociales para que sean actores, por la densificación de lo social, retejer lo que está ahora fragmentado y roto, el México de arriba y el de abajo y el que está más abajo, enterrado, invisible.

Reconocer en la persona individual y colectiva la posibilidad de ser sujeto y actor, junto con otros, con quienes constituye un nuevo *Nosotros* que no niega la diversidad y la diferencia, pero donde ella tiene el espacio para construir sentido y proyecto. Reconocer la diversidad constituyente de lo social, como base para la construcción de la unidad; una unidad que no desdibuja lo particular, que no lo asimila, que no lo mezcla sino que lo reconoce como principio de esa unidad que es al mismo tiempo árbol y bosque. Reconocer que antes del cómo, hay un qué, un quién y un para qué. Esto dibuja una superación, un salto cualitativo fundamental con respecto a la noción de sujeto sobre la que descansaban los modos de lucha en el pasado reciente.

Reconocer las múltiples escalas de tiempo y espacio que configuran la realidad social; México es, entonces, más que el espacio delimitado

por las fronteras territoriales formales; ser nacionalista hoy implica reconocer la interdependencia del destino de la nación con el destino de la humanidad. Y eso es posible plantearlo sin que se convierta en una figura retórica, porque en el planteamiento no parecen desdibujarse el cada quién desde cada dónde.

Y ese reconocimiento es el principio de la posibilidad de plantearse no la toma del poder, sino la constitución de los poderes de cada uno, desde sus diversos espacios vitales. La importancia de contextualizar, de ver las esferas territoriales, sociales, económicas y culturales, las escalas.

Reconocer que es desde la práctica, desde lo concreto que se pueden tejer los sueños, plantear una utopía que no sólo es motivo para caminar, sino sentido del hacer cotidiano. La construcción de cada día soñando en el mañana.

Así, si de lo que se trata es de favorecer el empoderamiento de los sujetos sociales, de reconocer a los actores que hacen la sociedad, si de renovar la lucha de clases se trata, el único modo, es el de la escucha, el de animar la construcción de nuevos protocolos de comunicación, como propone Castells, como base para la reconstrucción del tejido social, desarticulado por el neoliberalismo.

Creo que si esto es lo que nos propone el zapatismo en esta etapa, que desde mi punto de vista es lo que nos ha planteado desde hace ya 11 años, habría que ir superando la discusión en torno a López Obrador y al PRD, sin desconocer el espacio específico que ocupa en la disputa política y los alcances que tiene la posibilidad de su llegada al poder formal, como las implicaciones distintas que tiene la llegada de cualquier otro de los candidatos. En ese sentido es inútil desde esta lógica, enfrascarse en la discusión sobre las diferencias entre Madrazo, Calderón o López Obrador, no son lo mismo ciertamente, pero al final, las condiciones estructurales del poder en México, desde la formalidad democrática y desde los amarres impuestos por la correlación de fuerzas global, no van a permitir resolver los graves problemas y vacíos de nuestra sociedad, no permitirán atender y enfrentar la enorme y compleja agenda nacional y mucho menos proponerse, radicalmente, transformar el mundo. El votar es una decisión que libremente debe plantearse cada uno, sólo es pertinente

esperar que cada quien lo haga a partir de un acto de profunda conciencia, no desde la idea de optar por el menos malo, sino de tratar de imaginar los alcances de su decisión. Que no sea el acto de delegar en otros la responsabilidad personal, pues con esto no habrá lugar más que para lamentarse después. Con todo es posible afirmar que sólo la constitución de un nuevo *Nosotros* puede abrir la esperanza del cambio profundo, sin que tampoco exista aquí la certeza de lograrlo, pero sí la convicción de que sin ese *Nosotros*, no hay esperanza.

Y por eso, por esa posibilidad, porque me encanta pensar en ese *Nosotros*, constituido por todos *los otros todos que somos nosotros*, yo estoy con *La Otra Campaña*.

NOTAS

¹ Tishler, Sergio, *Memoria, tiempo y sujeto*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México, 2005.

² Gorostiaga, Xavier, "La construcción de las utopías, desde la cultura y la educación", texto sin publicar.

³ Sánchez Díaz de Rivera, María Eugenia, "Presentación". En *Interioridad y Crisis del Futuro Humano*, UIA GC, UIA León, UIA Laguna, Embajada de España, México, 2000; Samour, Hector, "La universidad latinoamericana frente a la civilización del capital", en *Las universidades de América Latina en la construcción de una globalización alternativa*, María Eugenia Sánchez (coordinadora), UIA Puebla, UIA León, ITESO, Embajada de Francia, México, 2004.

⁴ _____, "Conocimiento y sociedad", ponencia presentada en el curso Metodologías de investigación e intervención social, UIA Puebla, junio, 2005.

⁵ Ibid.

⁶ Poulantzas, Nicos, *Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, 1980.

⁷ Castells, Manuel, *La era de la Información, economía, sociedad y cultura*, Siglo XXI editores, México, 2001.

⁸ Ibid.

⁹ Zermeño, Sergio, *La desmodernidad mexicana*, Océano, México, 2005.

¹⁰ Ibid.